

Hola amor.

Hoy es un día especial. Un día como tantos. Otro día más a tu lado. Pero antes de hablar del presente, coge mi mano un momento. Acompáñame a ayer.

Recuerdo la primera vez que estuve aquí. En esta isla, donde el cielo y el mar se confunden en el horizonte, donde los colores son más brillantes, donde la vida es más. Mucho más. Y donde estabas tú. ¿Te acuerdas del día que nos conocimos? Era 7 de septiembre. Después de una tarde de playa, tres horas caminando. Hasta ese pueblo precioso que nos esperaba, con miles de luces y música a todo color. Una noche mágica. Teror.

Y te quedaste conmigo sin saberlo. Muy hondo, dentro de mí. Pero todavía no era nuestro tiempo. Yo me fui, dejando una pequeña parte de mí aquí, contigo.

Unos años después, esa parte que se quedó varada en medio del Atlántico me llamó. Que bonito, ¿verdad? Que la felicidad te espere en el sitio menos esperado. A la vuelta de la esquina o a 2.000 kilómetros.

Regresé. Y por fin, tras 26 años, estaba en casa. El sol en mi piel, el sabor a sal en mi boca, las noches en la orilla del mar. Y cada 8 de septiembre el mismo camino. Todos los años. Juntos. Tú y yo.

Pasé demasiado tiempo buscando la felicidad en todos los rincones equivocados. Porque su esencia no está en el éxito, en el reconocimiento o en todo aquello que es material. Está en esa mirada que coges al vuelo en medio de una sala abarrotada de gente. En el roce de mi mano con la tuya en cualquier momento inesperado. En saltar una, dos, tres y todas las olas del Atlántico contigo. En ese silencio tan cómodo que se instala entre los dos cuando vemos como cae la noche en la cumbre. En la certeza de que estamos pensando lo mismo. En las innumerables sonrisas que provocas en mí cada día. En los acordes que se deslizan por la escalera. Y en esa reconfortante paz que me invade cada noche, cuando cierro los ojos, y puedo sentirte a mi lado. Conozco todas estas sensaciones porque me hice mayor viendo como dos personas se amaban de esta manera. Y ahora yo, gracias a esa suerte tan esquiva y a una dosis de riesgo considerable, puedo disfrutar de ellas cada instante de mi vida. Es verdad. Quien no arriesga no gana jamás.

Quiero darte las gracias. Por hacer que cada minuto de mi vida sea maravilloso. Por ayudarme a levantarme cada vez que me caigo. Por acompañarme en cada dificultad. Por apoyarme en mis decisiones, aunque sean equivocadas. Por no dejar que me rinda, nunca. Por ser mi refugio al final de cada día. Por hacerme mejor persona. Por convertir todas mis lágrimas en risas. Por elegir compartir este increíble camino que es la vida conmigo. Y podría seguir dándote las gracias por tantas cosas... pero lo resumiré en tres frases:

Te quería sin saberlo. Te quiero. Y siempre te querré.

Jinx.